

guas, ó leed el capítulo II del libro de la Sabiduría que la describe.

Óigase cuán acertadamente discurre el autor de la carta de Trasíbulo á Leucipo, acerca de la necesidad y eficacia á la vez del inapelable é ineludible tribunal de la otra vida; sin que por eso se le deba disimular la impostura que encierra. «La generalidad de los hombres, dice (1), está bastante corrompida, y es demasiado insensata para no tener necesidad de ser conducida á la práctica de las acciones virtuosas, es decir, á la sociedad, con la esperanza de la recompensa, y separada de las acciones criminales por el temor de los castigos. Esto es lo que ha dado origen á las leyes; mas como estas no castigan ni recompensan las acciones secretas, y en las sociedades mejor arregladas los culpables poderosos y acreditados encuentran el secreto de eludirias, ha sido necesario imaginar (*) un tribunal mas temible que el del magistrado. Se ha supuesto que con la muerte entramos en una vida nueva, etc.... Esta opinion es sin duda alguna el mas firme fundamento de las sociedades; ella es la que inclina á los hombres á la virtud y los retrae del vicio.»

Tan pésimamente, pues, influye el Ateísmo en las costumbres, que, como dice Bergier, «el incrédulo no puede ser hombre de bien, sin contradecir continuamente todos sus principios (2).»

«El Ateísmo y la irreligion, pregunta este moderno apologista (3), ¿pueden contribuir para ventaja de la sociedad? «Un principio de vicio en los particulares nunca será útil al bien de la sociedad; pero hay otras reflexiones que hacen. La Religion ha formado las primeras sociedades: toda la antigüedad depone esta verdad, pues sometió á los pueblos, á las leyes, como lo demuestra la conducta de los legisladores: fue el gérmen y el sosten del amor patrio, pues así lo acreditan los antiguos monumentos: imprimió un

(1) Citado por Bergier en el *Diccionario de teología*, artículos, *Alma é Incredulidad*.

(*) ¡Feliz invento aun cuando tal fuera! Y véase aquí que aun en la misma hipótesis de puro invento la religion cristiana recibe homenajes de los incrédulos, la justifican, y admiran su influencia en el orden moral y social.

(2) *Diccionario*, artículo *Ateo*.

(3) *Tratado histórico y dogmático*, tomo 2, al fin.

«carácter sagrado á todas las instituciones sociales, proviniendo de aquí la costumbre de confirmar las promesas por el juramento, y la intervencion de la Divinidad en los tratados. Cuando este lazo primitivo de la sociedad se rompiese, ¿los efectos que ha producido subsistirían mucho tiempo? Los primeros jefes de las asociaciones no fueron bastante ciegos para no echar de ver el interés de los hombres en reunirse, ni bastante torpes para no hacerlo conocer; sin embargo creyeron que este motivo no era suficiente, y añadieron el de la Religion. La obra de estos hombres prueba su sagacidad; pero la de los ateos es por lo menos muy dudosa, porque jamás formaron ni organizaron ninguna sociedad, consistiendo su único talento en corromper y en alarmar aquellas en que nacieron.

«Ninguna de las instituciones útiles cuyos efectos tocamos, ninguno de los establecimientos hechos para el consuelo y conservacion de los hombres, han sido sugeridos por la filosofia, sino por la Religion: fueron instituidos en siglos en que los hombres eran menos calculadores pero mas caritativos: estos establecimientos no se encuentran en las naciones infieles. Un ateo acorde con sus principios mandaria destruir todos estos establecimientos dispendiosos que exigen cuidados, atenciones y trabajos que los incrédulos nunca tuvieron valor para desempeñar. Si en esto nos hubiéramos de atener á las razones de cálculo, no encontraríamos uno solo de estos establecimientos cuyos gastos no excedan al producto y contrabalanceen la utilidad (*); pero son otros santuarios para la virtud, siendo aquí donde obra y se desplega. ¡Desgraciada toda sociedad en que se calcule cuánto cuesta la virtud!»

Á vista de todo lo anterior, ¿podrá desconocerse la gran influencia de las virtudes divinas, de la fe y de la esperanza, de que nos ocupamos, en la armonía y tranquilidad de las sociedades, por lo que tienen de reactivas del crimen

(*) Esto es cierto examinada la cuestion bajo el aspecto económico-particular del establecimiento mismo, ó de su dueño. Pero examinada bajo el punto económico-general ó social, Bergier no es exacto. Considerado el punto bajo este aspecto, tanto estos establecimientos como toda virtud son utilísimos y eminentemente económicos por sus productos inmateriales, que son despues origen y causa de grandes productos materiales. Aquellos productos son del mismo género que los que prestan los sacerdotes y los magistrados.

que disminuyen y de impulsivas á la virtud que fomentan? ¡Ah! las sociedades no necesitarían legislación alguna penal si se profesasen con verdadero espíritu cristiano las virtudes divinas de la fe y de la esperanza; y la edad de oro no sería ya contada entre las quimeras.

El célebre Lactancio veía también supérfluas en un Estado perfectamente cristiano las leyes, las cárceles y los patíbulos, «puesto que solo la ley de Dios bastaba á realizar «una paz perfecta (1).»

«¿Qué argumento, dice oportunamente Rousseau (2), qué «argumento mas poderoso contra el incrédulo que la vida de «un verdadero cristiano?» Sin embargo Rousseau debió conocer que este argumento no es menos concluyente contra un deísta como él, que contra un ateo. El deísta no es tampoco creyente.

«Los que se esfuerzan, dice David Hume (3), y debiera «decir, los que nos esforzamos, en desengañar al género humano de esas especies de preocupacion (los premios y penas eternas), tal vez son buenos razonadores, pero jamás «los reconoceré como buenos ciudadanos y buenos políticos, «porque libran á los hombres de uno de los frenos de sus «pasiones, y hacen mas fácil y segura la infraccion de las «leyes de la equidad y de la sociedad.» «¡Y estos hombres «se alaban todavía de ser los bienhechores del género humano!» añade Rousseau (4) despues de redactar á su modo el anterior pensamiento de su contemporáneo. Mas este corifeo se cansó pronto de ser franco y consiguiente, y ved aquí que en el *Contrato* pretende negar al Cristianismo su influencia social, diciendo, «no tener esta Religion relacion alguna con el cuerpo político, y no dejar mas vigor á las «leyes que el que ellas tienen de por sí sin ayudarlas.»

Despues de indicar este deísta los dogmas cristianos que son de su agrado, entre ellos la otra vida y sus premios y penas, añade: «Estos y otros dogmas semejantes son los que «importa enseñar á la juventud y persuadir á todos los ciudadanos. El que los impugna merece ser castigado, porque

(1) «Cum ad perfectam innocentiam Dei lex una sufficeret.» (*Divinar. institut.* lib. V, *De justitia*, cap. 8.

(2) citado por Feller, *Catecismo Mosáico*, tomo 3, pág. 143.

(3) *Essay*, *Œuvres*, lib. III.

(4) *Emilio*.

«es perturbador del orden y enemigo de la sociedad (1).» Demos las gracias á Rousseau; pero esto no estorba que le recordemos que aquí se olvidó lastimosamente de su decantada tolerancia, y se convirtió, como él mismo dice de los soberanos, de los magistrados y de los obispos, en *precursor de los demonios*; y también se olvidó de que dijo en otra parte que, siendo él magistrado, haría quemar al que viniera á denunciarle un ateo (2).

Pero prescindiendo de todo; aun en la absurda é irrealizable hipótesis de que las paradojas del enemigo de la fe fuesen demostraciones evidentes y reales, ¿qué aventuraria este en pasar algunos años en la paz y en la estimacion pública, en ser justo y honrado amador, sociable, arreglado en sus costumbres, buen esposo, buen padre y buen ciudadano, bienes todos que produce la sumision sincera al yugo de la fe?

Ha dicho un sofista en el mas monstruoso escrito (3), que pueden obtenerse estos bellos resultados morales prescindiendo de los motivos de religion y de fe. «Los principios «decorosos, dice, los ejemplos virtuosos, la estimacion y las «recompensas del mérito y de las bellas acciones, y los castigos que rigurosamente se siguen al vicio y al delito, son «motivos capaces de determinar á la mayor parte de los hombres á mostrarse virtuosos.» Mas en su ceguedad no advierte que al tirar de la Religion para arrojarla, se lleva pendiente de ella lo que supone que queda. Sin la religion cristiana, ¿á dónde van á parar, desventurado, esos principios decorosos, esos ejemplos virtuosos, esas bellas acciones? ¿Abundan estas acaso en Marruecos, en Trípoli, en Pekin, en la Nueva-Zelanda? ¿Se practican entre los lapones y los hotentotes? El núcleo de todos los errores y absurdos de los sofistas incrédulos consiste en suponer que desterrando la Religion subsistirá el mismo orden moral y social de cosas que antes, y no alcanzan, ó no quieren alcanzar, que la abolicion de la Religion es la muerte de todo orden, del orden político, del orden moral y del orden social. Ellos descono-

(1) *Emilio*.

(2) *Eloisa*, carta XII, citada por Bergier en el *Deísmo refutado por sí mismo*.

(3) *Sistema de la naturaleza*, citado por Nonnotte, *Diccionario Mosáico*, artículo *Libertad*.

cen el mayor beneficio que ha hecho la religion cristiana á las sociedades, á pesar de que por todas partes les rodea; y es ese perfecto orden de cosas, esa preciosa conciencia pública, esa purificada atmósfera que ingratos respiran. Lo mas extraño es que por otra parte confiesan, como hemos visto, que sin religion es imposible la sociedad. Harto difícil es verdaderamente conciliar consigo mismos á estos señores filósofos.

Es muy cierto, sin embargo, que la mayor parte de los sofistas incrédulos se someten al yugo de la fe; pero se someten cuando se ven en el lecho de muerte. «Entonces toman el partido mas seguro, como les echa en cara el mismo Bayle, cual es, dice, el que promete la felicidad eterna «si es verdadero, y que, aunque fuera falso, ningun riesgo «acarrea.» Está muy bien: y de ello nos congratulamos deseando que lo hicieran todos así; empero la sociedad reporta muy poca utilidad de unos hombres que aplazan el ser justos y honrados para cuando se despiden de ella.

Siempre será una verdad, que si bien el impío podrá paliar y excusar su incredulidad con sus soberbios y falaces sofismas, jamás, sin embargo, podrá sincerarse de ser abiertamente enemigo de sí mismo y del género humano, y estorbador cruel de la felicidad individual y social.

§ V.—*Caridad.*

Poco diremos de la caridad como virtud teológica: de esa gran virtud, reina de todas las virtudes, con la cual las virtudes son virtudes, y sin la cual las virtudes dejan de serlo. Nos parece que nadie necesita hacer ningun esfuerzo para convencerse de que el amor de Dios, «cuya regla es «amarle sin medida,» como dice san Bernardo, es el colmo y el último término de la grandeza y de la dicha del hombre. San Agustin dice nada menos «que el hombre que ama «á Dios se hace Dios (1).»

El amante tiene una tendencia irresistible hácia el objeto amado: quisiera identificarse con él. Por consiguiente, el hombre que de veras ama á Dios se embriaga, por decirlo así, de felicidad y de dicha, y se eleva por cima de la dignidad misma; porque Dios es el infinito mar de dichas en que se

(1) «Si Deum diligis, quid vis ut dicam? Deus es.»

sumerge, y la inmensa altura hácia la que vuela como imantado. El que busca y ama á Dios de todo corazón, este se ha dirigido recto á la inagotable fuente de dulzura y de suavidad; y se abismará en unos arrobamientos de espíritu y éxtasis tan deliciosos, que rebosando su corazón, su pecho y todo él de alegría, creará morir de gozo y de felicidad.

Los místicos no pueden exagerar cuando quieren describir los sublimes efectos del amor de Dios puro y acendrado: por el contrario, no pueden ni siquiera bosquejarlos; dado que á la mitad de su intento se encuentren sin palabras en los diccionarios de los hombres con que expresar ni definir un prelude de aquello que «jamás el ojo vió ni el «oído oyó (1),» viéndose obligados á soltar la pluma y exclamar: *non possumus, non possumus*. Santa Teresa de Jesús, nuevo serafin abrasado en amor de Dios, *unas veces moria ahogada en las delicias de este amor, y otras moria porque no moria* para saborear sus inefables dulzuras sin interrupcion y sin fin (*).

«No hay, dice san Hilario, cosa mas dulce que amar á Dios «y padecer mucho por su amor.» «Hace mucho, escribe san «to Tomás, y le parece poco; hace cosas grandes, y le parecen pequeñas.»

«Grande cosa es el amor divino y el mayor de todos los «bienes; él solo hace ligero todo lo pesado, y sufre con igualdad de ánimo todo lo desigual.

«Porque lleva la carga sin fatiga, y hace dulce y sabroso «todo lo amargo.

«El noble amor de Jesús nos anima á hacer grandes cosas, «y nos excita á desear siempre lo mas perfecto.

«El amor quiere estar en lo mas alto y no ser detenido por «cosas bajas. Nada hay mas dulce que el amor, nada mas «fuerte, nada mas alto, nada mas extenso, nada mas agradable, nada mas cumplido ni mejor en el cielo y en la tierra, porque el amor nació de Dios y no puede descansar sino en Dios sobre todas las cosas creadas, etc. (2).»

(1) «Oculus non vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit, quæ præparavit Deus iis, qui diligunt illum.» (I Cor. II).

(*) «Vivo sin vivir en mí,
«Y tan alta vida espero,
«Que muero porque no muero.»

(Canto de la bienaventurada).

(2) *Imitacion de Cristo*, lib. III, cap. 5.

Ahora bien: resfriado el amor de Dios por las doctrinas de la Reforma hasta el grado que vemos, ¿qué ha venido á ser entre los protestantes el arte místico? Lo que no podía menos de ser, una cosa también fría, yerta, estéril y sin objeto. En los países protestantes la mística católica es parecida á una hermosa flor que brota en un campo de espinas árido y místico. Según aquella languidez del fervor divino, nada tiene de extraño que los protestantes se apresurasen á cubrir de ridículo la vida contemplativa y la teología mística, apellidándola *demencia, delirio de la imaginación, fanatismo*; cuyas calificaciones jamás ha merecido institución alguna con más razón que esa devoción extravagante de los pietistas de Alemania y los cuáqueros de Inglaterra.

Fácil es adivinar lo que será el arte místico en el Filosofismo. Este, que jamás se para en el camino, dirigiéndose siempre á los principios y al origen, ha dicho: *No hay Dios, vivan las pasiones*; y con esto ha trocado el misticismo cristiano en esas repugnantes apologías y pinturas indecentes de los goces y deleites sensuales.

Esto teníamos que decir de la caridad como virtud teológica, como amor de Dios. Su influencia social es demasiado clara para que nos precise detenernos á examinarla. El abate Gaume habla extensamente de las ventajas sociales de este «primero y grande precepto (1),» por los beneficios que trae á la sociedad y por los disturbios que evita (2). Consideremos ahora á esta virtud como amor del prójimo, cuyo precepto es semejante al primero (3).

La caridad, el amor del prójimo, gérmen de dulces y suavisimas satisfacciones para el hombre, palabra es cuyo eco jamás resonó en oído gentil. ¿Qué? entre los estóicos, que eran los mejores moralistas paganos, la piedad era calificada de viciosa inclinación, como les recordó el célebre Lactancio (4). El profeta David nos asegura más de una vez no ha-

(1) «Maximum et primum mandatum.»

(2) *Catecismo de perseverancia*, tomo 4, pág. 332 y sig.

(3) «Secundum vero simile est huic.»

(4) «Si ergo in homine præclarum et excellens est bonum misericordia, idque divinis testimoniis et bonorum malorumque consensu optimum judicatur, apparet philosophos longe abfuisse ab humano bono; qui neque præceperunt ejusmodi quidquam, neque fecerunt; sed virtutem quæ in homine propemodum singularis est, pro vitio semper habuerunt. Libet hic interponere unum de philosophia locum, etc.» (*Divinar. institut.* lib. VI, *De vero cultu*).

ber entre los gentiles ni uno solo que hiciera el bien (1). El Gentilismo intentando persuadir al hombre que no tiene más tiempo para deleitarse y gozar que el brevísimo de esta vida, haciéndole aquel falso raciocinio que el Sábio pone en boca del impío (2), le encierra dentro de sí mismo, volviéndole necesariamente egoísta. Le invita á que se aproveche de sus cortos días antes que le sorprenda la nada con la muerte.

Una de las principales razones con que Tertuliano disuadía á su esposa que se casase con ningún gentil si le sobrevivía, era, como ya hemos notado, la de que la estorbaría absolutamente ejercer toda obra de caridad (3).

Ahora bien: cualesquiera que sean los objetos de los goces del gentil y del incrédulo, con precisión han de aborrecer los obstáculos que para alcanzarlos y poseerlos se les presenten. Así si el objeto de los deseos de su materializado corazón son las riquezas, odiará á los que sean más ricos que él: porque en sus deseos ambiciosos reputa la mayor abundancia de los bienes de los otros como una atenuación de los suyos, y si otro obtiene la cosa que él anhelaba, entonces es su odio más profundo. Lo mismo diremos si sus dominantes deseos son los honores, los elevados puestos en la sociedad, etc.

«Labren, dice Rousseau (4), labren todos los hombres el bien mio á costa del suyo; refiérase todo á mí solo: perezca, si es menester, el linaje humano en la pena y en la miseria por ahorrarme un momento de hambre y de dolor. «Este es el lenguaje interior de todo incrédulo que discurre.»

Más la caridad cristiana hace desaparecer del corazón del hombre este egoísmo. ¿Qué no debía esperarse de una religión que cuenta en su exordio con el tierno y admirable capítulo xxii del Deuteronomio! ¿Qué de una religión que constantemente ha estado inculcando y poniendo en práctica el precioso mandato 9.º del libro segundo del *Pastor de san Hermas*!

«Hablando de nosotros, decía Tertuliano á los gentiles (5)

(1) Psalm. xiii, 32. (2) Sap. ii.

(3) Lib. II ad uxorem, cap. 4.

(4) *Emilio*, lib. IV.

(5) «Vide, inquit, ut invicem se diligant, ipsi enim invicem ode-

«para probarles cuánto se diferenciaban de ellos los cristia-
nos; hablando de nosotros, exclamáis — mirad cómo se
«aman; — vosotros os aborreceis mutuamente, y así como
«ellos están prontos á morir los unos por los otros, vosotros
«por el contrario estais siempre mas dispuestos aun á ma-
«taros.»

El pagano Cecilio acusaba á los cristianos de que se ama-
ban mutuamente aun antes de conocerse (1). ¡Qué testimo-
nio en favor de ellos! ¡qué acusacion mas recomendable y
honrosa para los acusados!!!

La caridad dicta al cristiano que no se encierre dentro de
sí mismo, que se reproduzca y sea un todo para todos (2).
No solo le manda que no aborrezca al que se opone á sus
proyectos ó arrebatara sus esperanzas temporales, que como
tales siente muy poco su pérdida, sino que además le ame
perdonándole de todo corazón. ¡Y semejantes hombres han
sido perseguidos en el mundo! «¡Oh! exclamaba el apolo-
gista Atenágoras aludiendo á los paganos (3), esos mismos
«que viven como los peces (símil tan verdadero como hor-
«rible), pues el que mas puede persigue y devora al mas fla-
«co... cuyos jueces apenas pueden levantar el trabajo de tan-
«tas causas criminales; esos que viven así se ensañan en
«aquellos á quienes ni es lícito vengarse de los que los ofen-
«den, ni dejar de bendecir á los que injustamente los con-
«denan.»

«Vosotros, decia san Gregorio Nazianceno á los gentiles,

«runt; et ut pro alterutro mori sint parati, ipsi enim ad occidendum
«alterutrum paratiores sunt.» (*Apolog.* cap. 39).

(1) «Occultis se notis et insignibus noscunt, et amant multo pene an-
«tequam noverint.» (M. Minucii Felicis *Octavius contra Cecilium*, cap. 9).

(2) «Charitate fraternitatis invicem diligentes... Necessitatibus Sanc-
«torum communicantes.» (*Rom.* XII).

(3) «Nam ii qui nundinas impudicitiae instituunt, et infanda omnis
«turpitudinis diversoria adolescentibus proponunt, ac ne masculis qui-
«dem temperant, masculi in masculos horribilia patrant... ii quae sibi
«ipsis conscivere, quaeque Diis suis attribuunt, tamquam de praecclare fac-
«tis ac deorum propriis gloriantes, ea nobis in convicii loco objiciunt;
«neque adulteri et puerorum amatores eunuchos et semel nuptos vi-
«tuperant; et qui instar piscium vivunt (nam et ipsi obvium quemque
«devorant, et infirmum fortior insectatur...), ita ut missi à vobis provin-
«ciarum praesides causarum audiendarum onus vix sustineant, ii, in-
«quam, qui ita vivunt, in eos invehantur quibus nec percussis seipso
«non tradere, nec male audientibus fas est non benedicere.» (*Legatio
pro Christianis*, n. 34).

«vosotros prescribís el amor á los padres (*) y á la patria;
«pero nosotros debemos tener á todos los hombres el amor
«que tenemos á nosotros mismos, sin exceptuar á nuestros
«mayores enemigos (**).» «Amar á los amigos, dice tambien
«Tertuliano (1), es propio de todos, pero el amar á los ene-
«migos es exclusivo de los cristianos.» El emperador Ale-
jandro Severo estampó en letras de oro en el frontispicio de
su palacio el gran precepto evangélico del amor del pró-
jimo.

No podemos menos de admirar asombrados la profunda
sabiduría del Evangelio, y la gran misericordia de su divi-
no Autor, que para cada llaga del corazón humano preparó
y aplicó su diferente medicina! Y ¡hé aquí que hasta el im-
pío y el incrédulo se ven forzados á confesar que el autor del
Evangelio debió tener el mas perfecto conocimiento del hom-
bre, de sus flaquezas, de sus pasiones, de sus necesidades
y de sus miserias para hacerlas frente á todas y á cada una
con armas tan eficaces como adecuadas. No: esto nadie pue-
de negarlo por impío que se le suponga; y este es un motivo
mas, y de los mas poderosos de credibilidad del origen divino
del Evangelio. Hoy, sin embargo, filósofos panteístas, que
insisten en apellidarse cristianos, nos vienen con pretensio-
nes de enmendarle la plana. ¿Si querrán enmendársela tam-
bien en esto?

Enlazando fraternalmente la caridad unas clases con
otras, unas condiciones con otras, unos hombres con otros,
derriba todas las antipatías y todos los odios, todos los espí-
ritus de partido, todo egoísmo y exclusivismo, creando en
su lugar esa hermosa reciprocidad de afectos y de sentimien-
tos que vuelve reversibles y comunes la pena y la alegría,
la dicha y el infortunio. Esta reversibilidad, esta comunica-
ción, esta participacion mútua de las afecciones humanas,
suaves y alegres, ó tristes y dolorosas; este interés recíproco
y universal de las miserias de tan infeliz y fugaz vida, par-
ticipacion é interés, hijas del sentimiento piadoso y huma-

(*) Y ¿qué amor era este? El que podía ser en justa correspondencia
del trato cruel que los padres les daban: no era amor filial, sino un te-
mor servil, era la sumision de la víctima.

(**) «Diligite inimicos vestros; benefacite his qui oderunt vos.»
(*Matth.* V, 44).

(1) «Amicos diligere omnium est; inimicos autem solorum chris-
«tianorum.» (*Ad Scapulam*, cap. 1).